

VIAJES AL CENTRO DE LA TIERRA



Eduardo Martínez de Pisón

VIAJES AL CENTRO DE LA TIERRA

Noticias literarias, de Homero
a Jules Verne

fórcola

Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Ilustración de un sistema acuático ideal de canales subterráneos, ríos y mares. *Mundus Subterraneus*, Athanasius Kircher, 1665

© Eduardo Martínez de Pisón, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-23840-2018

ISBN: 978-84-17425-19-7

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PARTE I

Viajes en el tiempo

1. QUE TRATA DE DIVERSOS TRASIEGOS ANTIGUOS Y MODERNOS	
POR LOS HUECOS DEL INTERIOR DE LA TIERRA	9
Dos novelas gemelas	9
El ciclo moderno de los descensos Tierra adentro	21
El inframundo	47
2. EN EL QUE SE RECOGEN ALGUNAS GEOGRAFÍAS	
DEL INFIERNO Y CIERTAS INCURSIONES NOTABLES POR	
SIMAS, CUEVAS Y CRÁTERES	61
Los volcanes como puertas al infierno.....	61
Noticias geográficas sobre el infierno cristiano.....	67
Simas, fosas y cráteres.....	75

PARTE II

De Eneas a Lidenbrock

3. CRÓNICAS DE DOS VIAJES JUSTAMENTE CÉLEBRES.....	103
Virgilio y otros guías.....	103
El infierno y el paraíso de Eneas.....	110
El inframundo cristianizado	116
4. EL VIAJE POR EXCELENCIA.....	133
De cráter en cráter.....	133
Plancy y su pintoresco viaje	138
Dumas y su Judío errante	142
Curso sobre el interior de la Tierra	149
El relato de Axel	164

PARTE III
Viajes a una geoda

5. PRECIPICIOS, HIELOS Y PAISAJES MINERALES	
EN GEORGE SAND	187
Viaje preparatorio al Pirineo. Montañas, abismos y grutas	187
Viaje de aproximación al Polo Norte. Más allá del Glaciar de Humboldt.....	204
En la gran geoda de George Sand	216
COLOFÓN	227
NOTAS	231
ÍNDICE ONOMÁSTICO	251
ÍNDICE GENERAL	259

PARTE I
VIAJES EN EL TIEMPO

1. QUE TRATA DE DIVERSOS TRASIEGOS ANTIGUOS Y MODERNOS POR LOS HUECOS DEL INTERIOR DE LA TIERRA

«Y al fin, llegando Orfeo, como más antiguo, a hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez a hacer el experimento de entrar en el infierno para salir, y a los demás, por hacérseles camino, que le acompañasen.»

FRANCISCO DE QUEVEDO,
Sueños y discursos

DOS NOVELAS GEMELAS

Escribo este libro –y de ahí su título– como un homenaje explícito a la célebre novela de Jules Verne *Viaje al centro de la Tierra*. Y además, a partir de este incuestionable reconocimiento inicial, lo hago fundamentalmente para disfrutar, junto con sus posibles lectores, de las portentosas aventuras que, a lo largo de los siglos, hemos imaginado los seres humanos en ideales descensos al interior del Planeta. En ellos ha quedado descrita una geografía literaria de las entrañas terrestres que bien merece un repaso, en este caso como ensayo, pero que igualmente podría haber dado lugar a un estudio erudito o a una antología.

Este libro es, pues, una nueva exploración personal en los límites de mi materia, la geografía. Allí, la región de la geografía fantástica es un campo inagotable. En él, uno de los terrenos más atractivos y recreados literariamente desde la Antigüedad es el de los imposibles viajes al centro de la Tierra. Respecto a tal centro, en lo profesoral me atengo lógicamente a lo

que formula la geofísica actual sobre la constitución interna del Globo, con su compacidad, magmas, dinámicas y presiones, pero no será éste nuestro asunto en el escrito que aquí comienza, sino la literatura que cuenta la fabulosa aventura para los mortales de la travesía del interior del Planeta y, en ocasiones memorables, del acceso a su núcleo. Nos ceñimos, como es natural, a la buena literatura, pues hay de todo, pero la calidad no es escasa, en verso y prosa, alrededor de tan maravilloso viaje.

Claro está, aparte de estas noticias literarias, hay una amplia contribución científica sobre los fenómenos y materias de los sótanos del Planeta, una limitada aportación pictórica, aunque de notable calidad, más bien de temas mitológicos y cultistas, una abundante documentación descriptiva, cartográfica y fotográfica y una irregular producción cinematográfica que comúnmente se mueve en los campos de la aventura o la ciencia ficción. Salvo alusiones, nada de esto tratamos aquí y lo ofrecemos a quien quiera acercarse al mundo subterráneo con voluntad más enciclopédica. «Animus in libris est», decía Cicerón. Entremos, pues, en la caverna de palabras.

Divagaciones vernianas y cavernarias

Todo empezó cuando comenté la geografía total de Jules Verne en otro libro¹. Necesariamente había que referirse en ella a su viaje portentoso hacia el centro de la Tierra, que además es para mí el más atractivo de todos los suyos. Pero inmediatamente surgía una historia literaria de otros viajes al mismo lugar y su encadenamiento acaparaba mi atención. Además, en el caso de Verne, su coincidencia con la publicación de otra novela interesante de George Sand, que también lo aborda aunque sin llegar a desarrollarlo, aumentaba el interés, medio geográfico y medio literario, de este emocionante asunto.

Al hablar con Javier Fórcola de estas derivaciones vernianas –en concreto a partir de mi citado libro–, me animó a dar

forma escrita al curioso ciclo del relato del viaje al mismo núcleo terrestre a través de las capas y los orificios de nuestro planeta. Además, aunque en una obra independiente, podría pensarse este nuevo escrito como un complemento a mi tomo forcoliano sobre *La montaña y el arte*; es decir, mediante una imagen a la vez opuesta y con continuidad, ahora por escenarios clausurados y descensos en las sombras. Como geógrafo no podía eludirlo.

Pero conviene advertir desde estas primeras líneas que lo que aquí nos interesa es la literatura con inventiva geográfica (y con otros nobles propósitos), pero siempre como arte, como ficción, y ni un paso más allá. Hay tantas elucubraciones alrededor de los asuntos infernales y de los ensueños paracientíficos de gentes fascinadas por teorías extravagantes, que no queda más remedio que arrancar con este aviso, de modo que quien entre en estas páginas sepa desde este momento que debe abandonar toda esperanza de encontrar en ellas otra cosa que no sea un paseo amable por unas obras artísticas, incluyendo entre ellas las leyendas, con la actitud de quien lee un poema o escucha un concierto y los versos o los sonidos le evocan un paisaje pintado. Y nada más. De todos modos, conservar el equilibrio caminando sobre un magma compuesto, por un lado, por geógrafos, geofísicos, espeleólogos y vulcanólogos; por otro, por amantes de viajes y de aventuras; de modo especial por novelistas y eruditos de la literatura clásica; y, finalmente, por los atraídos por fantasías esotéricas, sean sobre el infierno o la constitución de la Tierra, no resulta tan sencillo como disfrutar directamente y sin segundas intenciones con Sand y con Verne.

Hagamos, no obstante, una distinción entre la cueva en el arte y el arte en la cueva. Aquí nos nutrimos de lo primero, de los materiales del viaje a la cueva en el campo del arte. El arte de las cavernas es obviamente otra cosa. De todos modos –dicho sea de paso– no parece que toda la pintura rupestre pueda ser considerada arte; por ejemplo, es sensible la diferencia en este sentido entre unos enigmáticos puntos rojos pintados

sobre la pared de una gruta y los consumados trazados y colores de un bisonte altamirano. El arte rupestre franco-cantábrico puede tener finalidad mágica, pero sobre todo es arte porque es bello, sorprendentemente muy bello. Siempre me ha emocionado leer en los prehistoriadores que hay huellas de pies de danzantes paleolíticos grabadas en la arcilla del suelo de algunas cuevas. El arte musical que las provocó se disolvió en su tiempo lejano: sólo quedó para siempre la marca silenciosa de su compás. De modo que de las cuevas ha salido no poco conocimiento de la corteza terrestre, de la vida, de la prehistoria y del arte. Y también ha señalado Pedro García Martín el sentido profundo de la entrada y el rito en la cueva como un retorno del primitivo «a la matriz de la Madre Tierra», puntualizándolo con una cita a Mircea Eliade, quien califica tal significado como una intuición arcaica que habría permanecido en el tiempo². Decía Caro Baroja en sus memorias, en recuerdo de sus años de estudiante, que «en una cueva paleolítica de Vizcaya y de boca de un sacerdote católico vasco [Barandiarán] salía más materia universitaria que de las aulas madrileñas»³. Andando el tiempo, Barandiarán recordaría también aquella colaboración precisando con detallados dibujos cuantos raspadores, buriles, lascas, pedernales, hachas, raederas, puntas de hueso y grabados de bisontes, osos y bóvidos fueron encontrados en aquellas cuevas⁴.

Además Caro Baroja señaló el interés, bastante diferente, de la «mentalidad mágica» en sociedades crédulas y temerosas con brujos y hechiceros, haciendo concreta referencia a juntas y aquelarres con toda su corte, dignidades y funciones, por ejemplo en Zugarramurdi y cuyas brujas tuvieron un famoso auto de fe en 1610. Lo invoco porque, como todos saben, la secta tenía como lugar de reunión una cueva «de grandes proporciones, verdadera catedral para un culto satánico o pagano simplemente», cruzada «por el río o arroyo del Infierno, ‘Infernuko erreka’, y que tiene una parte alta donde es tradición que solía estar el trono del Diablo»⁵. Ésta es la cueva

mayor de un conjunto de túneles naturales y ha acabado hoy recuperando la inquisición y la leyenda en un reclamo turístico más con página en internet, museo y representación teatral, de modo que la antaño estremecedora memoria de las brujas tiene su horario de visitas por temporadas, reservas «online» para grupos y precios rebajados para niños.

También es otra cosa la caverna utilizada en nuestra cultura como símbolo de lo arcaico (por ejemplo, a través del pleistoceno oso cavernario, la fiera en su oscuro cubil) y, por derivación, como alegoría política de la reacción⁶. Ambos modos de entenderla han servido de escenarios, alusiones y parábolas para una literatura bastante conocida, prehistórica o ideológica. Por otro lado, es admirable la cantidad de seres vivos –desde dicho oso a las hormigas, pasando por topos, murciélagos y extraños troglobios– que se refugian, albergan y medran bajo tierra.

Además, lo «grutesco» tiene una derivación en el jardín con réplicas artificiales de cuevas –alguna monumental como la florentina de Buontalenti–, junto a cascadas, arroyos, lagos o bosquetes, y en la decoración con motivos ornamentales característicos. En cambio, lo «grotesco», que parece venir de «grotta» (cueva), aunque evidentemente de otro modo, al ser expresión de lo ridículo y extravagante, se opone a lo sublime. Hay, en fin, cuevas teatrales, como la del *Tannhäuser* wagneriano, y muchas otras que son igualmente interesantes pero que nos dispersarían todavía más de lo que solemos permitirnos. En el mismo Verne, Lestringant⁷ hacía referencia al carácter maléfico de la gruta, antro de piratas, de su novela *Ante la bandera*, de 1896, y la incluía en una «tradición demonológica» de islas-cueva. En el pueblo pirenaico de Buerba, al sur de Ordesa, una tradición cuenta que un borrachín local llamado el Garlopo se extravió y dio con sus huesos en la boca de la cueva llamada «El Forato de Manatuerdo» (el agujero del manadero) y que allí se le apareció el diablo en forma de cabra, como consecuencia de un juramento que había hecho indebidamente tiempo atrás; entonces, el montañés se echó el



La caverna como alegoría política. Dibujo de Layus,
Cuadernos para el Diálogo, mayo de 1972

animal a sus espaldas, pero allí el bicho le arrancaba a mordiscos el pelo; finalmente, cerca ya de la casa del Garlopo, la cabra se mostró como el demonio que en realidad era y quiso arrastrarlo al infierno, por lo que el aterrizado mortal tuvo que pelear con el animal para liberarse de sus garras con gran asombro de todo el pueblo, que no veía sino la parte palpable y no la trascendental de tan incomprensible contienda. No obstante, también hay cavidades con referencias sagradas y divinas en nuestras raíces culturales; así ocurre en el Monte Sinaí, o Jebel Musa u Horeb, cumbre donde tradicionalmente se ha ubicado el lugar donde Moisés recibió la revelación

divina y del que descendió con las tablas de la Ley y el rostro resplandeciente: allí hay un abrigo rocoso conocido como «la gruta de Moisés» y en él se dice que el profeta vislumbró la gloria de Dios⁸.

Las tradiciones clásicas, coránicas y judeocristianas mantienen versiones de los encerrados en cuevas selladas, que permanecen allí, como los siete de Éfeso, largo tiempo en estado durmiente. Samivel escribió, en tal línea, un cuento inquietador sobre un eremita tibetano enterrado en vida sin tiempo en las profundidades de la montaña, que luego volveremos a mencionar. Bécquer dedicó una de sus leyendas («paisajes que aparecen / como a través de un tul», según sus mismos versos) a *La cueva de la mora*, que fue definida por Valbuena como «motivos de alma oriental» en la España medieval. Y hay, en cambio, quienes borran bárbaramente el pasado atrapado en las cuevas: así ocurrió en la de Chaves, en las sierras de Huesca, donde alguien montó un abrevadero para cabras llevándose por delante un yacimiento del Neolítico.

Viajes literarios

Para lo que ahora nos ocupa, parece oportuno aclarar que nuestro objetivo se limita a los aspectos viajeros de la cueva en el arte. E, incluso, hemos de reconocer que el ciclo libresco completo del viaje a la gruta es ya, por sí solo, bastante enredado. Es decir, nos ceñimos a reflejos literarios de paisajes además imaginados, de supuestas aberturas en el fondo de la piedra redonda que gira solitaria en el espacio y cuya superficie habitamos. Se trata, por tanto, de ejercer de lectores. Explica Lledó, refiriéndose a la «teoría de la recepción», que «no existe literatura, filosofía, historia, si no es en función de un posible lector. El texto es, efectivamente, letra muerta, hasta que no es iluminado por un lector»⁹. De eso tratamos, de escritores que fabulan mundos, de textos que duermen con paciencia y de lectores que los despiertan.